



**o y Tú: Sujetos
de encuentro u objetos de lujo.
La filosofía dialógica de Martin Buber**

*Me and You: Subjects of meeting or Objects of
Luxury. Martin Buber's Dialogical Philosophy*

Felipe Agudelo Olarte¹

Recibido el 31 de marzo de 2011
Aprobado el 19 de septiembre de 2011

1 Estudiante de Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Este texto fue presentado en el XII Foro de Estudiantes de Filosofía y Letras (UPB), el 28 de Septiembre de 2011. Correo electrónico: agudelofelipe2002@hotmail.com



Resumen:

El presente trabajo pretende entablar un diálogo con quien desde su reflexión y vida ha descubierto que sólo entre el Yo y el Tú es capaz de gestarse una existencia auténtica: Martin Buber; para encarar junto a él la sociedad contemporánea y denunciar en ella el comportamiento de sus integrantes cuando no se reconocen como sujetos de encuentro, sino como objetos de lujo.

Palabras clave: Yo, Tu, Diálogo, Lujo, Personalismo.

Abstract:

The aim of this paper is to establish a dialogue with Martin Buber who, in his thought and life, has discovered that an authentic existence might be developed only between the *Me* and the *You*. Bearing this in mind, we will be able to face contemporary society and denounce within it the behavior of those who are part of it when they do not recognize themselves as subjects of meeting but as objects of luxury.

Key words: Me, You, Dialogue, Luxury, Personalism.



Lo más arduo, lo más necesario, lo más irrenunciablemente humano: salir al encuentro del otro. Transformarse a sí mismo.

Jorge Riechmann

Cuenta el brahmán de los Cien senderos que una vez entraron en conflicto dioses y demonios. Los demonios dijeron: “¿a quién podríamos ofrecerle nuestros sacrificios?”. Y pusieron sus sacrificios en sus propias bocas. Pero los dioses pusieron los suyos cada uno en la boca de otro. Y Pradshapati, el espíritu primigenio, optó por los dioses.

Buber, 1969, p. 60.

Cada hombre en lo más profundo de su ser, reconoce que su vida sólo es verdadera ofrenda cuando es ofrecida a un *Tú* que la *consagra* en el reconocimiento recíproco, cuando cada uno descubre su rostro en el otro y su voz en la de quien dirige hacia él la palabra.

Es mi anhelo que este espacio sea un verdadero ejercicio filosófico, en el que cada cual se conoce a sí mismo como un *Yo*, abre sus horizontes al

otro en quien descubre un *Tú*, y desde la *barca* del diálogo se emprende la marcha hacia la Verdad.

1. El hombre presente ante la presencia: apuntes sobre la vida y obra de Martin Buber

Mordechai Martin Buber, quien es para algunos estudiosos posiblemente el filósofo judío más significativo del siglo XX, nació en Viena el 8 de febrero de 1878. En Viena, Leipzig, Zúrich y Berlín estudió filosofía, historia del arte y de la literatura, psiquiatría, germanística, filosofía clásica y economía política. Tiene como maestro a Dilthey y a Simmel, quienes dejaron sus huellas en él. No obstante, su formación se ve marcada por su ambiente familiar, en especial por su abuelo, quien era un importante estudioso y líder del hasidismo.

En 1898 se adhiere al movimiento sionista al cual estará unido hasta su muerte, destacando su participación en la fundación y construcción del Estado de Israel y sus esfuerzos por dar nueva vida a la mística judía. Doctorado en filosofía en 1904, será expulsado de su cátedra universitaria en Frankfurt en 1933 por los nazis, llevándolo a que en 1938 se exilie en Palestina donde es nombrado profesor en la Universidad Hebrea. Fallece en Jerusalén el 13 de Junio de 1965 a los 87 años.

Con la publicación de *El principio dialógico*, se pone a la cabeza del movimiento dialógico. Entre sus obras podemos destacar: *Yo y Tú* (1923), *Diálogo* (1932), *¿Qué es el hombre?* (1942), *Imágenes del bien y del mal* y *Eclipse de Dios*.

La temática del “yo” y su importancia se encuentra en el surgimiento de las modernas concepciones políticas de la Modernidad; igualmente “la situación de guerras que caracterizó al siglo XX, dominadas por las ideologías políticas y económicas potentísimas pero anónimas, volvió a poner el tema del yo, de su descubrimiento y cuidado, como un tema de importancia capital humana” (Daros, 2007, p. 293).

Por otra parte, Buber es consciente de la problemática vienesa del momento a nivel de pensamiento, la cual, según la describe Claudio Magris, consiste en que “la idea de sujeto y la idea de sustancia son radicalmente



demolidas por la cultura austríaca en el *fin de siècle* y los años veinte-treinta” (ctd en De Nicolini, p. 101). Es debido a esto que expresará su convicción de que el *yo* no es en sí, sino que haya su principio en la relación con los demás, y en esta certeza concentrará sus reflexiones y esfuerzos.

Acercarse a Buber es descubrir en él el fruto de su reflexión filosófica, la experiencia de su vida en contextos no siempre fáciles y la sabiduría judía de un maestro hasídico. En hebreo, cuando se quiere decir que alguien está ante otra persona, dos expresiones son usadas. La primera es לִפְנֵי *‘lipné’*, que ‘significa *delante de*, pero esta palabra deriva propiamente de פָּיִם *‘payim’*, que en su sentido propio significa rostro, cara, faz. La segunda es בְּעֵינַי *‘Bə ‘ênê’*, derivada de עֵינַי *‘ayin’* y que se traduce *a los ojos de*. Estas dos expresiones recuerdan algo hoy, como desde su niñez lo comprendió Buber: que sólo es posible dirigirse a otro cuando en el encuentro cara a cara con él descubro su rostro, en cuyos *ojos* hallo un *Tú* y en el reflejo de éstos mismos, mi propio *Yo*.

2. Porque “toda vida verdadera es encuentro”: la propuesta dialógica de Buber

El pensamiento del *personalismo dialógico* propuesto por nuestro filósofo, recorre su vida y sus escritos; sin embargo, es en su libro *Yo y Tú* donde lo expone con más detenimiento. Los puntos centrales de dicho pensamiento son:

a) Las palabras primordiales

No significan cosas, sino que son aquellas que indican relaciones y que una vez dichas dan lugar a la existencia: *Yo-Tú-Ello*. Quien las pronuncia, penetra y se instala en ellas (Buber, 1969, p. 6). La palabra primordial *Yo-Tú* sólo puede ser pronunciada por el Ser entero:

El tú viene a mí a través de la gracia; no es buscándolo como lo encuentro. Pero el dirigirle la palabra primordial es un acto de mi ser; es, en verdad, el acto de mi ser.

El tú llega a mi encuentro. Pero soy yo quien entro en relación directa, inmediata, con él. Así la relación significa elegir y ser elegido; es un encuentro a la vez activo y pasivo.

La palabra primordial Yo-Tú sólo puede ser dicha con la totalidad del ser. La concentración y la fusión en todo el ser nunca pueden operarse sin mí. Me realizo al contacto del Tú; al volverme Yo, digo Tú. (Buber, 1969, p. 16).

Buber expresa con una claridad inigualable su doctrina. El hombre para realizarse necesita del *Tú* que le ayuda a configurarse como un *Yo*. Al pronunciar esta palabra se da el verdadero acto de ser.

Opuesta a la palabra primordial *Yo-Tú*, se encuentra la palabra *Yo-Ello*. Con el *Ello*, Buber se refiere a las cosas con las cuales el ser humano entra en contacto cotidianamente. El hombre no puede vivir sin el *Ello*, es una relación necesaria de su ser, pero “quien vive sólo con el Ello, no es un hombre”, pues vive sólo entre las cosas y no abierto a los demás. Es en este aspecto donde él advertirá del peligro de reducir el *Tú* a un *Ello*. El *Yo-Tú* vincula, mientras que el *Yo-Ello* distingue. Por el contrario, cuando al otro se le llama *Tú*, es cuando se le extrae del mundo de las cosas:

Cuando colocado en presencia de un hombre que es mi *Tú*, le digo la palabra fundamental *Yo-Tú*, él no es ya una cosa entre las cosas, ni se compone de cosas... él es el *Tú* y llena el horizonte. No es que nada exista fuera de él; pero todas las cosas viven a su luz (Buber, 1969, p. 13).

Para el desarrollo de esta temática y para dar razones acerca de cómo en el principio de todo es la relación, el filósofo vienés hace uso de la lingüística, y propiamente de los elementos primitivos de configuración del lenguaje, los núcleos de ese lenguaje, en los cuales “las palabras en forma de sentencias y de originales estructuras pregramaticales indican en su mayoría la totalidad de una relación. Nosotros decimos: *muy lejos*; el zulú, a su vez, tiene una palabra-frase que significa: *allí donde uno grita*: ¡oh madre mía, estoy perdido” (Buber, 1969, p. 21).

Asimismo, Buber hablará de un *Tú* innato, trayendo a colación la imaginación del niño que trata de hacer de toda cosa un *Tú*, de entrar en diálogo.

b) “Toda vida verdadera es encuentro”

La relación con el *Tú* es directa, no se interponen ideas, ni fines, ni placer, puesto que sólo cuando los medios están abolidos es que en verdad se produce el encuentro. Este *encuentro* se da en el presente real y pleno, el cual



sólo existe si hay presencia, encuentro y relación. La presencia nace cuando el tú se torna presente... Dicho de otra manera, en la medida en que el hombre se satisface con las cosas que experimenta y utiliza, vive en el pasado y su instante está desnudo de presencia (...) los seres verdaderos son vividos en el presente, la vida de los objetos está en el pasado (Buber, 1969, p. 16).

Cabe recordar una anécdota narrada por Buber acerca de cuando tenía 11 años. Cuenta él que en casa de sus abuelos, donde pasaba el verano, disfrutaba de ir constantemente a la caballeriza y allí alimentar a su caballo, por el cual sentía un fuerte afecto. Mientras su caballo comía la avena llevada por él, solía acariciar su cuello, a cuya acción el caballo erguía la cabeza y resoplaba como reconocimiento y reciprocidad. Sin embargo, un día, mientras se repetía la rutina, el pequeño Martin, mientras acaricia el caballo, es consciente de su mano y su caballo lo nota, tras lo cual ya nunca más volvería a resoplar y a erguir la cabeza (Buber, 2006, p. 150).

Años después, Buber recordaría este momento y reflexionando confirmaría lo que aquí se ha expresado. Este ejemplo, que a simple vista podría parecer sin importancia, carga en sí un profundo sentido. La mano para él dejó de ser parte del encuentro y la descubrió como un medio, siendo esto lo que permite reconocer que para el verdadero encuentro es necesario no buscar al otro para experimentar placer o utilizarle, sino descubrir su presencia que se vive en relación.

Fruto de su concepción dialógica, Buber esbozará el amor como la responsabilidad de un *Yo* por un *Tú*, un amor que se ve acompañado por el sentimiento, pero el cual no lo constituye, dado que:

el amor es un sentimiento que se adhiere al Yo de manera que el *Tú* sea su “contenido” u objeto; el amor está entre el Yo y el Tú. Quien no sepa esto, y no lo sepa con todo su ser, no conoce el amor, aunque atribuya al amor los sentimientos que experimenta, que siente, que goza y que expresa” (Buber, 1969, p. 19).

De ahí se sigue otro punto novedoso en Buber, a saber: que cuando habla del odio afirma que es ciego por naturaleza, en la medida en que quien odia no ve la totalidad del ser del otro, pues

sólo puede ser odiada una parte de un ser. Quien percibe un ser en su totalidad y está constreñido a repudiarlo, no se halla más en el reino del odio; se encuentra en el reino de la limitación humana de la capacidad de

decir Tú. Es incapaz de decir la palabra primordial al otro ser humano que lo confronta... el hombre que experimenta inmediatamente el odio está más cerca de la relación que cuando no siente ni amor ni odio (Buber, 1969, p. 20).

El odio es la incapacidad que se da, por falta de apertura, de decirle al otro *Tú*, de vivir el encuentro y descubrir su presencia. Igualmente, el filósofo reconoce que:

la exaltada melancolía de nuestro destino reside en el hecho de que en el mundo en que vivimos todo *Tú* se torna invariablemente en *Ello*... Cada Tú en el mundo está, por su naturaleza, condenado a volverse una cosa, o por lo menos a recaer sin cesar en la condición de cosa... el *Ello* es la eterna crisálida, el Tú es la mariposa eterna (Buber, 1969, p. 21).

En esta melancolía es donde él reconoce el gran peligro para la humanidad: volver al *Tú* un *Ello*, y privar así al hombre de su propia realización, dado que el hombre se torna un *Yo* es a través del *Tú*, mientras que “el hombre que dice Yo-Ello, se coloca ante las cosas como observador, en vez de colocarse frente a ellas para el viviente intercambio de la acción recíproca” (Buber, 1969, p. 30-31).

En esta acción recíproca, Buber afirma que ella sólo es posible desde la contemplación, en cuya mirada se descubre al otro no como una cosa o un fenómeno, sino como presencia que desea ser conocida (1969, p. 42).

c) La vida en el espíritu

Escribe también el filósofo:

El espíritu en su manifestación humana es una respuesta del hombre a su *Tú*. El hombre habla diversas lenguas: lenguaje verbal, lenguaje del arte, lenguaje de la acción; pero el espíritu es uno, es la respuesta del hombre al *tú* que surge y se dirige a él desde el misterio. El espíritu no está en el Yo, sino entre Yo y Tú... No es como sangre que circula en ti, sino como aire que respiras. El hombre vive en el espíritu cuando sabe responder a su Tú. Y puede hacerlo sólo cuando entra en la relación con todo su ser. Sólo en virtud de esa capacidad el hombre puede vivir la vida del espíritu (1969, p. 41)

Esta vida entre el *Yo* y el *Tú* es el espíritu, precisamente porque es capaz de superar lo superficial del trato con las cosas, con el *Ello* y de ponerse frente



a frente con el *Tú* y poder pronunciar sobre él la palabra primordial. Sólo, pues, vive auténticamente quien vive su vida en la esencia de lo que Buber denomina espíritu: la facultad de pronunciar el *Tú*.

Es oportuno en este punto mencionar un aspecto muy importante en el planteamiento de Buber, y es *la esfera del “entre”*, en la cual se da la vida del espíritu en cuya esfera se gesta la existencia auténtica:

Lo esencial no ocurre en uno y otro de los participantes ni tampoco en un mundo neutral que abarca a los dos y a todas las demás cosas, sino, en el sentido más preciso, “entre” los dos, como si dijéramos, en una dimensión a la que sólo los dos tienen acceso (...) Más allá de lo subjetivo, más acá de lo objetivo, en el “filo agudo” en el que el “yo” y el “tú” se encuentran se halla el ámbito del “entre” (Buber, 1982, p. 148-149).

d) La vida de la comunidad

En el pensamiento de Buber, el concepto de *comunidad* como fruto de la relación *Yo-Tú* se presenta como decisivo. Además, porque el anhelo de una vida en comunidad surgía en él como un grito propio de su momento. Él se opone al individualismo en el cual no hay preocupación o contacto con el otro, pero a la vez al colectivismo donde se imponen las ideas del otro.

También es necesario tener presente que formar una verdadera comunidad fue su labor en Palestina donde propulsó el construir una comunidad entre judíos y árabes que fuese inclusiva y no exclusiva, tarea que no tuvo muchos seguidores y la cual debió continuar de forma ardua, solitaria y dolorosa (Daros, 2007, p. 294).

Pero, ¿qué propone este filósofo? ¿Cuál es la característica que hace *verdadera* a una comunidad? Una comunidad que se forma no desde el solo sentimiento, aunque él mismo reconoce que son importantes y que no hay comunidad sin ellos, sino que cumpla con dos aspectos:

- Que todos estén en relación mutua con un Centro viviente: el *Tú* central que es acogido en la presencia.
- Que estén unidos los unos a los otros por los lazos de una viviente reciprocidad.

Según dice, la comunidad se edifica sobre la relación viviente y recíproca, pero su verdadero constructor es el activo Centro viviente: ese *Tú* que nace y se forja entre aquellos que la conforman y que supera la mediación de sus placer e intereses.

Es en este aspecto que nuestro filósofo planteará la cualidad auténtica de la comunidad, que por ende será la garantía de la constancia en el espacio de ésta, en el que “las relaciones de los hombres con su Tú verdadero, los rayos que emergen de todos los puntos del Yo forman un círculo. En primer término se da, no la periferia, la comunidad, sino los radios, la común cualidad de la relación con el centro. Sólo esto garantiza la cualidad auténtica de la comunidad” (Buber, 1969, p. 106).

Esta imagen de la comunidad circular, media entre el individualismo y el colectivismo. Es la metáfora en la que cada uno, sin olvidar que es un *Yo*, junto con otros, que reconoce caminan con él, no se centra en lo suyo ni se subyuga al planteamiento de otro u otros, sino que entre todos descubren un *Tú*, ese centro viviente que les consolida como comunidad.

3. En diálogo con nuestro tiempo y un invitado a la mesa: Vicente Verdú

Aunque el pensamiento de Buber corresponde a la primera mitad del siglo XX, sus ideas miraban al futuro y siguen siendo para nosotros verdadera carta de navegación en los avatares de nuestra sociedad. Concretamente, su propuesta puede entrar en diálogo con muchos pensadores y filósofos de nuestro tiempo, pero en esta ocasión quisiera hacerlo con la denuncia que a través de sus diversos escritos ha realizado el español Vicente Verdú en su crítica al consumismo, entendiendo este acontecimiento no como un movimiento comercial de moda, sino como toda una cultura que llega hasta las últimas consecuencias: destruir los vínculos entre los seres humanos y convertirlos en objetos, siendo en este momento donde debe dirimirse la lucha contra la objetivación del *Tú* en *Ello*, como los sostenía Buber.

En su libro *Yo y Tú: Objetos de lujo*, Verdú (2007) desarrolla cómo

la energía del consumo, la energía del placer ha ido conformando un tipo de hombre/mujer, sujeto/objeto, un *objeto* que sin poseer un destino



inscrito actúa en búsqueda de una felicidad especialmente relacionada con los múltiples nexos con los demás, por superficiales y efímeros que sean los contactos. Al superindividualismo de los años noventa sigue ahora un *personismo* que supera el repetido deseo de los objetos y busca el trato con los demás como *sujetos*, sujetos y objetos a la vez, nuevos objetos de lujo (p. 16).

En el concepto de *sujeto*, Verdú hace ver cómo el capitalismo que no mide sus consecuencias convierte al sujeto en objeto, y en ello le aleja de la vida verdadera, aquella que se da en el encuentro.

En su denuncia, este crítico español hace ver que en el sistema en que el otro es visto ya como un objeto, no sólo es al otro al que se le desprende de su carácter personal, sino que “ser un consumidor lleva probablemente a convertirse en un consumidor de sí, transmutando el yo en el máximo objeto, el artículo supremo” (2007, p. 16). Es por ello que Verdú sostiene que se vive en el *personismo*, no en el *personalismo* y el primero no es un humanismo, aunque parta de un deseo de la ilusión humanista (2007, p. 200).

Precisamente por esto, el hombre que se sumerge en el *Ello*, en el mundo de las cosas, no deja de reconocer que necesita del otro:

En la ciudad moderna es imposible vivir sin ligazones, más o menos expresas, fuertes o ligeras, efímeras y múltiples. A medida que una ciudad se convierte en metrópoli y más sujetos diferentes se encuentran en ella, mayor creatividad desarrolla cada cual para llamar a los otros. La cultura de consumo en su fase personista es altamente creadora de objetos, de personas y de modos de vida. Cuanto más disminuyeron los lazos sociales al final del siglo XX más aumentó el número de individuos que querían hacerse notar, hacerse ver, ser reconocidos por los otros (Verdú, 2007, p. 179-180).

Sin embargo, como en nuestro tiempo la mirada se ha detenido en el objeto que conlleva placer para el hombre, cada hombre deseoso de lograr atención, en la certeza del *Tú* innato, no cristaliza su identidad como ser real sino en el fundirse como objeto para ser contemplado por los demás y viceversa.

Cabe resaltar especialmente la exposición de Verdú cuando afirma que el mismo acto de consumir es fruto de este deseo de ser reconocido por el otro, que:

ha llegado a ser hoy no solamente la manera de responder a una neurosis sino un lenguaje para darse a conocer, autoconocerse, conectarse, mantener conversaciones, comparaciones, aglomeraciones, identidad. En un mundo donde los medios de comunicación son omnipresentes, desbordantes y propicios, el anonimato se lleva mal y los vecinos buscan ser reconocidos por otros para verse existir (2007, p. 181).

Un hecho concreto que permite vislumbrar de forma palpable lo descrito hasta el momento lo constituyen los *reality shows* en los cuales los participantes son verdaderos *sujetos*, sujetos y objetos a la vez: “sujetos de avatares y objetos de degustación popular” (Verdú, 2007, p. 181). Tan cierto es que el otro se ve convertido en un objeto que su intimidad, la cual “hasta hace poco era inconcebible pudiera exhibirse hasta tal grado y en los modos en que se hace hoy” (2007, p. 181), es vendida y expuesta como algo más en la plaza de mercado de los *media*.

Sin embargo, el mismo término *reality show* posee una contradicción, y es que lo que allí se muestra no es la realidad, porque como insistentemente lo recuerda Buber (1969): “donde falta la relación no hay realidad” (p. 60); lo que allí se exhibe es lo que cada uno desea que el otro observe y lo que este otro desea aceptar para su placer. Esta contradicción de términos no es sólo algo conceptual, sino que es fruto de la “contradicción íntima” que vive la sociedad, y esta contradicción íntima, según la define Buber (1969) significa que:

Cuando un hombre no atiende al *a priori* de la relación en su vida con el mundo, cuando olvida hacer actuar y realizar el *Tú* innato que encuentra, ese *Tú* se introvierte. Se desarrolla al contacto de lo que no puede ser su objeto, se despliega allí donde no hay lugar para ese despliegue. Lo que se produce es un encuentro consigo mismo, que no puede ser una relación ni una presencia ni una reciprocidad fecunda, sino mera contradicción (p. 67).

Al final de su texto ¿Qué es el hombre?, fruto de un cursillo de verano en la Universidad Hebrea de Jerusalén en 1938, y tras hacer el recorrido sobre diversas posturas antropológicas en la historia de la filosofía, Buber (1982) concluye afirmando que:

una antropología individualista que no se ocupa esencialmente más que de la relación de la persona humana consigo misma, de las relaciones entre el espíritu y los impulsos dentro de ella, etc., no puede llevarnos a un



conocimiento de la esencia del hombre... Solo el hombre que realiza en toda su vida y con su ser entero las relaciones que le son posibles puede ayudarnos de verdad en el conocimiento del hombre (p. 141).

Para acercarnos a la esencia del hombre no podemos quedarnos en el *Ello*, ni en el *Yo en sí*, sino que debemos abrirnos a la relación, al *Yo-Tú*, puesto que:

sólo quien considera al otro ser humano mismo y se abre a él recibe en él al mundo. Sólo el ser cuya otredad, aceptada por mi ser, vive ante mí en toda la densidad de la existencia me hace llegar al resplandor de la eternidad. Sólo cuando dos se dicen mutuamente “¡eres tú!” con todo lo que son, la morada del ser se da entre ellos (Buber, 2006, p. 158).

Tanto en Verdú como en Buber puede percibirse el interés por conservar la persona, al sujeto, para que no se cierre en sí mismo (individualismo) o se confunda en la masa. Es por ello que dice Buber (1982):

también el gorila es un individuo, también una termitera es una colectividad, pero el “yo” y el “tú” sólo se dan en nuestro mundo, porque existe el hombre y el yo, ciertamente a través de la relación con el tú (...). Podremos aproximarnos a la respuesta de la pregunta: “¿qué es el hombre?” si acertamos a comprenderlo como el ser en cuya dialógica, en cuyo “estar-dos-en-recíproca-presencia” se realiza y se reconoce cada vez el encuentro del “uno” con el “otro” (p. 150-151).

Ante la lucha de no volver al *Tú* un *Ello*, de no volver al sujeto un objeto, el diálogo, la apertura a la relación, es lo que permite al hombre vivir según su propia identidad, en la reciprocidad.

4. Ante el *Tú* eterno, quien *estará allí*

En Buber es imposible separar su pensamiento de su fe, de sus raíces judías y de la necesidad de trascendencia que él bien sabía posee todo ser. Realizar tal escisión sería no sólo obtener una mala comprensión de sus ideas, sino cortar su fuente.

Al hablar de las diversas esferas en las cuales el hombre vive su *ser en relación*, Buber afirma que en todas ellas “rozamos el ribete del *Tú* eterno, sentimos emanar un soplo que llega de Él; cada *Tú* invoca el *Tú* eterno, según

el modo propio de cada una de las esferas” (1969, p. 12). Es precisamente a este *Tú eterno* al cual el hombre se siente llamado, en el cual se encuentran las líneas de las relaciones.

Si reconocemos que para el hombre es esencial la relación con un *Tú*, debe también admitirse que “el *Tú* innato se realiza en cada relación pero no se consuma en ninguna. Sólo se consume plenamente en la relación directa con el único *Tú* que, por su naturaleza, jamás puede convertirse en *Ello*” (Buber, 1969, p. 73). Sólo en este *Tú eterno* que es el “Todo Otro”, pero a la vez el “Todo Mismo”, el “Todo Presente” (1969, p. 76, 79), el hombre realiza y vive en la certeza de permanecer en la relación *Yo-Tú*, la palabra primordial de su existencia.

En su época, Buber fue consciente del “eclipse de Dios” que se vivía, y por ello, para su momento como para nosotros, sus palabras nos advierten cómo “muchos hombres quisieran prohibir el empleo del vocablo de Dios, porque se ha abusado de él demasiado” (1969, p. 73). Y agrega: “En verdad, es la más gravosamente cargada de todas las palabras que el hombre emplea, pero por esta misma razón es la más imperecedera y la más indispensable de todas” (1969, p. 73). Para él, quien llama a Dios no se aliena a sí mismo, por el contrario:

quien pronuncia la palabra Dios cuando está todo lleno del *Tú*, cualquiera que sea la ilusión que lo sostiene, se dirige al verdadero *Tú* de su vida, al que ningún otro *Tú* limita y con el cual está en una relación que envuelve todas las otras. También invoca a Dios todo aquél que tiene horror de este nombre y se cree sin Dios, cuando, con el impulso de todo su ser, se dirige al *Tú* de su vida, al *Tú* a quien ningún otro limita (1969, p. 74).

Es importante aclarar que en Buber, en contra de lo que muchos pensarían, no hay contradicción entre la relación con Dios y con el mundo, ya que “sólo aquel que cree en el mundo puede tener verdaderamente algo que ver con el mundo: y si se arriesga a ello, no permanecerá privado de Dios” (1969, p. 89).

Si lo percibimos bien, el pensamiento de Buber va mucho más allá y llega a firmar que para el hombre entrar en relación con Dios necesita a la vez tener relación con el mundo:



Ignoro lo que sería un “mundo” o una “vida en el mundo” que separara al hombre de Dios. Lo que se describe como tal, en verdad es vida con mundo del Ello que se nos ha vuelto extraño, al que nos contentamos con conocerlo empíricamente y con utilizarlo. Quien verdaderamente se dirige al encuentro del mundo, va también al encuentro de Dios. Es menester a la vez, recogerse y salir de sí, lo uno y lo otro en toda verdad, pues lo uno y lo otro componen juntos la Unidad (1969, p. 89).

En este *Tú* eterno, el hombre percibe de forma completa la realidad porque la percibe en diálogo y por ello puede empezar a actuar en ella; su visión fatalista se vuelve esperanzadora, dado que “el acontecimiento que, visto del lado del mundo, es una reversión, visto del lado de Dios se llama salvación” (1969, p. 110).

A inicios del año 1925, el joven editor berlinés Lambert Schneider decide realizar entre sus publicaciones una traducción del Antiguo Testamento, y deseando confiársela a Buber le pregunta si estaría dispuesto asumir esta tarea. Buber comunica a su amigo Franz Rosenzweig que aceptaría sólo si emprenden juntos dicha labor. Su amigo acepta e inicia así la ingente empresa de la *Verdeutschung*, la cual Buber terminaría en 1961 varios años después de la muerte de Rosenzweig.

En el famoso encuentro entre Moisés y la zarza ardiente, relatado en Ex. 3, 14, la traducción de Buber revela su concepción profundamente existencial de Dios, alejada de toda abstracción esencialista, el cual “ofrece a hombres vivientes la promesa de su presencia viviente”, cuando cambia la expresión “Yo soy el que soy” por “*Estaré allí*” (ctd en De Nicolini, p. 103), una presencia que sólo el *Tú* de Dios puede ofrecer a nuestro *Tú* tan necesitado de una relación eterna.

Conclusión: ¡Volver!, en medio de la sordera de nuestro tiempo

Al observar el panorama actual, podría surgir entre nosotros la tentación de la fatalidad y considerar vano el enfrentar lo que acontece. Sin embargo, como lo afirma Buber: “la única cosa que puede tornarse fatal para el hombre es creer en la fatalidad, porque esta creencia suprime el movimiento que conduce a la reversión” (1969, p. 57). Antes bien, nuestra lucha debe darse por vivir

lo esencial del hombre: como un ser en relación *Yo-Tú* que vive la existencia verdadera, la del encuentro.

Para esto es necesario que en nosotros se dé un “sacudimiento de la persona como persona” (Buber, 1982, p. 144), una reacción ante el peligro que acarrea el vivir sumergido en el mundo del *Ello* y no abrir el horizonte a la trascendencia que abre el contacto con el *Tú*, ya que “únicamente cuando el individuo reconozca al otro en toda su alteridad como se reconoce a sí mismo, como hombre, y marche desde este reconocimiento a penetrar en el otro, habrá quebrantado su soledad en un encuentro riguroso y transformador” (1982, p. 144). En el mismo sentido, debe ser entendida la siguiente leyenda:

Se cuenta que un hombre inspirado por Dios fue una vez desde el dominio de las criaturas hasta el gran vacío. Anduvo hasta que llegó a las puertas del misterio. Golpeó. Desde adentro le gritaron: “¿qué quieres aquí?”. Y dijo: “He difundido tu alabanza en los oídos de los mortales, pero no me oyeron. Así que acudo a ti para que me oigas y me respondas”. “Vuelve”, le dijeron desde el interior, “que aquí no hay oídos para ti. En la sordera de los mortales he puesto mi escucha” (Buber, 2006, p. 141).

Volver: esta es la invitación de Buber, no cansarnos de recordarle al hombre la necesidad de vivir en su esencia: en una mutua reciprocidad, y hacer esto porque se ama el mundo, el real y único, con todo su aparente horror, ya que “si osamos abrazarlo con los brazos de nuestro espíritu, nuestras manos encontrarán otras manos que las estrecharán” (Buber, 1969, p. 89).

Y es necesario volver porque ésta es propiamente la actitud del filósofo que desea vivir el *Yō* de Sócrates que es por antonomasia el *Yō* del diálogo infinito y que nos impele a vivir como él: en continua relación con los hombres y una relación encarnada en el diálogo; creyendo en la realidad de los hombres y dirigiéndonos hacia ellos; vivir con ellos en la plena realidad, la cual tampoco a nosotros nos abandona (Buber, 1969, p. 64).

Esta ha de ser nuestra decisión, la cual tanto insiste Buber que es necesario tomar como consecuencia de conocer la relación y la presencia del otro, y que se toma porque es propio de nuestra libertad que es reconocida en el rostro del *Tú* que nos permite descubrir y vivir el propio *Yō*, como sujetos de encuentro y no como objetos de lujo.



Referencias

- Bombaci, N. (2005). El fecundo converger de dos caminos de pensamiento y de vida. Una nueva aproximación al carteo entre Martin Buber y Franz Rosenzweig (1915-1929). *Revista Agustiniiana*. 46 (139), 45-59.
- Buber, Martin. (1969). *Yo y Tíú*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- _____. (1982) *¿Qué es el hombre?* México: F.C.E.
- _____. (2006). *Yo y Tíú y otros ensayos*. Buenos Aires: Lilmod.
- Daros, W. R. (2007). La identidad del “yo” como descubrimiento por el otro (M. Buber) y como cuidado de sí mismo (M. Foucault). En: *Espíritu*, 56 (136), 293-306.
- De Nicolini, J. A. (s.f). Los aniversarios de Buber. *Discurso y realidad*. 7 (2), 101-104.
- Verdú, V. (2007). *Yo y Tíú, objetos de lujo*. Barcelona: Debolsillo.

